

DETRÁS DEL HORIZONTE

Antonio García Teijeiro

Titulo original: *Trala liña do horizonte*

Traducción de Alba Piñeiro Estévez
en colaboración con el autor

Belagua

Belagua

© 2015, Antonio García Teijeiro

© De esta edición:

2015, Belagua Ediciones y Comunicación, S.L.
c/Uruguay, 2-3º Dcha. 36201 Vigo

© Fotografías: Ricardo Grobas

ISBN: 978-84-941751-4-5

Depósito Legal: VG 264-2015

Imprenta: Tórculo Comunicación Gráfica, S.A

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en o transmitida por un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia o cualquier otro, sin el permiso previo por escrito de los titulares del *copyright*.

Para Susi, Noa, Erin, Antón y Libby.

Para mi amiga Alba.

Para Alfredo Gómez Cerdá, que siempre creyó en este texto.

Todos estamos juntos detrás del horizonte.

NOTA DEL AUTOR

Creo que se lo oí decir a un poeta. Y me produjo un enorme desasosiego. «Las guerras no acaban nunca». Y eso me hizo reflexionar. Y de la reflexión pasé a la escritura. Necesitaba mostrar los destrozos de las armas, de los soldados adiestrados para matar sin saber, en muchísimos casos, la razón. Hombres jóvenes que perdían su vida con un único objetivo: vencer a un enemigo, demasiadas veces, desconocido.

Perdían su vida y cortaban de raíz con todo su armamento la vida de niños, niñas, jóvenes como ellos, mujeres de toda edad y ancianos.

Y detrás de las mesas de elegantes despachos, como dice Bob Dylan en una de las certeras estrofas de su canción *Masters of war*, los señores de la guerra disparan el gatillo desde la distancia.

Sostenéis los gatillos / Para que otros disparen, / Luego retrocedéis y obseváis / Y cuando los muertos empiezan a aumentar / Os escondéis en vuestros palacios / Mientras la sangre de

los jóvenes / Escapa de sus cuerpos / Y se entierra en el barro.

Así de dura es esta realidad bélica. Así se tronzan los sueños. Así se roba la libertad.

Este libro no es un libro amable. Yo diría que hasta es poético. Pero pone el dedo en el sufrimiento de los más débiles y resalta el valor de aquellos soldados que, viendo la tragedia, son capaces de detenerse y desertar.

Es un libro tierno y duro. Poético. Necesario.

Es un libro por el que circula, pese a todo, la esperanza. Una esperanza que sirve a algunos de sus personajes para vivir y mirar, a lo lejos, detrás del horizonte.

NOTA DE LA EDITORA: Las fotografías que acompañan estos relatos fueron tomadas en 1999 en campos de refugiados albanokosovares en Albania, en el contexto de la guerra de Kosovo.

*Para matar al hombre que era un pueblo
tuvieron que quedarse sin el pueblo.*

MARIO BENEDETTI

*Le declaro la guerra a la GUERRA,
al odio, al racismo, a la intolerancia...*

MANUEL MARÍA

*La guitarra del joven soldado
es su mejor fusil.*

SILVIO RODRÍGUEZ

*Tristes armas
si no son las palabras.
Tristes, tristes.*

MIGUEL HERNÁNDEZ

*Bien, no quiero ser un soldado, mamá.
No quiero morir.
Oh no oh no oh no oh no.
John Lennon*

En todos los países del mundo, cuando se produce una conflagración, los niños sufren el mismo odio del que son víctimas sus padres.

MARTIN MONESTIER

(De su libro Les enfants esclaves. L'enfer quotidien de 300 millions d'enfants).

*Explicame tú quién gana cuando se acaba la guerra.
A los muertos los entierran:
Ganadores, perdedores, da igual del bando que sean.*

ISMAEL SERRANO

*Guerra es la palabra más triste que nace
de mis labios.*

MAIDA, 12 años.

(Una niña que sufrió el horror de la guerra)

*¿Cuántas veces deben volar las balas de cañón
Antes de ser prohibidas para siempre?*

BOB DYLAN

*(...) Acercaos y mirad
conmigo a la guerrilla: fueron niños y ahora
son hombres y mujeres ya sin lágrimas
que hace tiempo dejaron su familia
su casa su almohada y que están hechos
a la sirena que desgarrá el aire
al napalm o al metálico zumbido
de enjambres de helicópteros que escupen
veneno amarillento (...)*

JOSÉ AGUSTÍN GOYTISOLO

(Del poema *Cantan en las colinas*)

*La libertad es más que una palabra
la libertad es una chica alegre
la libertad es una parabellum o una flor
la libertad es tomar el café donde uno quiere (...)
la libertad es real igual que un sueño
la libertad aparece y ya no está
la libertad hay que inventarla siempre (...)
la libertad es gritar frente a la boca gris de los fusiles
la libertad es amar a quien te ama
la libertad es comer y repartir el pan (...)
la libertad a veces es una simple línea fronteriza
la libertad es la vida o es la muerte
la libertad es la ira
la libertad se bebe y se respira
la libertad es cantar en tiempo de silencio (...)*

JOSÉ AGUSTÍN GOYTISOLO
(Del poema *Más que una palabra*)

CONVENCIÓN SOBRE LOS DERECHOS DEL NIÑO

(Aprobada por la Asamblea General
de las Naciones Unidas
el 20 de noviembre de 1989)

ARTÍCULO 38

1. Los Estados Partes se comprometen a respetar y velar por que se respeten las normas del derecho internacional humanitario que les sean aplicadas en los conflictos armados y que sean pertinentes para el niño.
2. Los Estados Partes adoptarán todas las medidas posibles para asegurar que las personas que aún no cumplieren los 15 años de edad no participen directamente en las hostilidades.
3. De conformidad con las obligaciones dimanadas del derecho internacional humanitario de proteger a la población civil durante los conflictos armados, los Estados Partes adoptarán todas las medidas posibles para asegurar la protección y el cuidado de los niños afectados por un conflicto armado.

ARTÍCULO 39

Los Estados Partes adoptarán todas las medidas adecuadas para promover la recuperación física y psicológica y la reintegración social de todo niño víctima de cualquier clase de abandono, explotación o abuso; tortura u otra forma de tratos o penas crueles, inhumanos o degradantes; o conflictos armados. Esa recuperación y reintegración se llevará a cabo en un ambiente que fomente la salud, el respeto de sí mismo y la dignidad del niño.

Y COMIENZA LA HISTORIA

(Una historia que nació en la triste realidad de fotografías de los periódicos en las que se reflejaban imágenes del día a día de la guerra. El autor las iba guardando y un día sintió la necesidad de escribir sobre ellas, porque odiaba esas guerras, cuyas imágenes, de tanto verlas, parecen endurecer nuestra sensibilidad).

DETRÁS DEL HORIZONTE...

*Allí donde mar y cielo se unen, para marcarnos un objetivo hermoso,
para provocar un deseo de tocarlo con el corazón,
para poder sentir el color de la esperanza
el calor de los besos
el poder de las manos unidas
la luz que quiere vencer a las tinieblas
el sabor salado del mar sin inmundicias
el vuelo de los sueños
el deseo de creer
la ilusión de sobrevivir*

DETRÁS DEL HORIZONTE

*Nos hallamos todos aquellos que un día
hemos de gritar*

¡¡LIBERTAD!!



«Secos, secos de tanto llorar tiene los ojos toda esta gente. Ojos marcados por la huella de la impotencia. Ojos húmedos desde donde resbalan las lágrimas de la desesperación (...).»

El muchacho, envuelto en el sudor del miedo, envuelto en el cansancio que invade todo su cuerpo, camina despacio. Arrastra los pies, levantando una polvareda ocre a cada paso que da. El atardecer parece sonreír y amenaza con borrar la claridad que estuvo presente durante todo el día.

El muchacho, que camina casi extenuado, lleva el uniforme andrajoso, una mochila a la espalda y anda prácticamente descalzo. En su mente comienzan a amontonarse los pensamientos provocados por una decisión arriesgada pero necesaria. Ya no podía aguantar más en las entrañas de la guerra. Se había equivocado cuando se echó al monte con la guerrilla para cobrar tantas deudas irracionales. ¡Ni deudas ni nada! Su mundo, su lugar, se encontraban muy lejos de aquella locura colectiva que comenzaba a destruirlo como persona. ¡Cuánta atrocidad vivida! ¡Cuánta crueldad soportada!

En algún momento tenía que ser y fue. Cabeza y corazón se unieron tras muchos avatares y lo llevaron a tomar la decisión: debería abandonar la locura en la que se encontraba metido hasta los dientes.

No fue fácil. Había mucha vigilancia a su alrededor. Los jefes andaban encolerizados. No venían bien dadas las cosas. Pero el muchacho aprovechó el amanecer, ese amanecer que lo estaba tentando desde hacía tiempo a que se agarrase a él y emprendiese la marcha hacia su libertad. Tantas veces le extendió la mano que ese día decidió cogérsela.

Y así estaba. Muchas horas de huida, con el calor ahogándolo, siempre con la sensación de que alguien le estaba soplando en la nuca. Mil veces avanzaba, mil veces se detenía, y otras mil observaba el camino recorrido.

Pasó por casas derruidas. En una de ellas se apropió de la ropa que llevaba en la mochila. Un pantalón, una camisa, una cantimplora y la linterna que había encontrado en la tienda de un compañero de la guerrilla. Horas y horas andando hacia ninguna parte. Porque esa ninguna parte, para él, estaba en un lugar llamado paz o paix, o peace. ¿Pero existía realmente ese lugar? Hacia allí se dirigía con una sofocación que lo llevó, en algún momento del día, a la desesperación. Y fue al entrar en unos pequeños bosques con la vegetación reseca, apoyado en un árbol casi sin hojas, cuando pensó en lo que acababa de abandonar. En ese instante, tomó nuevos impulsos para continuar su escapada.

Y así, con momentos casi depresivos y otros llenos de ilusión, el muchacho, envuelto en el sudor del miedo, envuelto en el cansancio que invade todo su cuerpo, llega a una casa pequeña, abandonada, donde todo huele a soledad forzosa; todo huele a ese olor agrio de la miseria.

Chirría la puerta cuando el muchacho la empuja con precaución. Se tranquiliza al sentir que esa puerta se abre con un mínimo esfuerzo de su mano temblorosa y, en la oscuridad incipiente, descubre un mundo de tinieblas y fantasmas. Enseguida se da cuenta de que allí no vive nadie. La suciedad invade sus ojos y siente en

ellos un picor extraño. Saca de la mochila la linterna, la enciende y alumbra toda la estancia. Muebles gastados por el uso y por el abandono, una lámpara hecha añicos y un ambiente donde se refleja la renuncia, donde destacan los trazos de una retirada. Con la luz de la linterna por delante se dirige a un catre deshecho, apartado, en un sitio cualquiera de la habitación. Y casi llegando a él, advierte que, apoyada sobre una madera, hay una carpeta oscura. ¡Una carpeta oscura en medio de aquel desorden! La coge con curiosidad y nota el color azul del cartón y las gomas que la mantienen cerrada. Siente una cierta emoción cuando al abrirla se encuentra con bastantes hojas escritas unidas a trozos de periódicos por unos clips. Y en cada recorte unas fotografías, todas ellas de guerra. El sudor moja su frente. Posa cuidadosamente la linterna, se sienta en un lado del catre y se dispone a leer.



«Fui esquivando montones de harapos, restos de comidas y algunos hombres acostados sobre mantas rayadas y ásperas que alguna organización humanitaria había facilitado el día anterior».

UNO

Me he levantado temprano hoy.

No tenía sueño porque sentía que un gusano desconocido agujereaba mi estómago. Había dado vueltas y más vueltas en el catre, húmedo y áspero, donde me había tocado dormir. A mi lado, notaba las respiraciones de los seres que habían perdidos unos trozos de sus almas lejos de aquel barracón que los acogía. Una mujer intentaba dar la vuelta y abrazar el cuerpo menudo de una niña a quien se le escapaban los ojos en un rostro gastado por el hambre. Olía a cansancio y a desesperación en aquel lugar. Fui esquivando montones de harapos, restos de comidas y algunos hombres acostados sobre mantas rayadas y ásperas que alguna organización humanitaria había facilitado el día anterior. Fui esquivando estos cuerpos, estos olores, estas respiraciones cansadas, hasta alcanzar la puerta del barracón. Me di la vuelta y aquel cuadro me resultaba desolador. Levanté un paño gris, que servía de puerta a aquella estancia, para entrar en el amanecer.

Llamé en las puertas del aire y respiré profundamente. Un cierto sabor a humo llenó mis pulmones. Era el humo de la pólvora. Era el humo de la guerra. Era el humo de un viento que estaba envenenado.

No comprendí muy bien el arte de aquella ponzoña calculada. Me sentí triste. Me senté sobre un pedazo de muro que no había sido destruido completamente. El cielo empezaba a abrir la boca. El cielo había empezado a despertar. El cielo estaba mostrando su cara clara allí arriba.

Entonces fue cuando lo vi. A lo lejos, como guiado por las caricias del viento, un avión volaba jugueteando en la claridad, diseñando piruetas traviesas en aquella pantalla enorme que se presentaba ante mi mirada.

«Una cometa maravillosa, de esas que le había pedido a mi padre para hacerla volar y jugar corriendo descalzo por la playa», pensé.

¡Mi padre! ¡Mi padre! Fui diciendo en voz apenas audible. Y cinco lágrimas rodaron por mi mejilla. ¡Mi padre! Una sirena, polvo, carreras, un camión, unos soldados, unos rifles, gente que caía, uniformes que agarraban a hombres con barba, gritos, lloros... Nunca lo vi más. Volví a repetir «¡Mi padre!» como acariciándome con estas tristes palabras. «¡Mi padre!», repetí bajito, muy bajito.

El avión seguía arrogante en el aire, ajeno a mis sentimientos. Puse la mano en la frente, a modo de visera, y seguí con ojos muy vivos la trayectoria de una cometa, cada vez más cerca, cada vez más grande. Una cometa que, segundo a segundo, parecía menos cometa. Una cometa que hacía ya un ruido ensordecedor. Una cometa que empezó a escupir rayos de fuego y sembró de terror unos otros que apoyaban sus cumbres en el regazo de un cielo que le daba cobijo a ese monstruo de hierro.

Después quedó el panorama pintado de un negro horripilante; dejé de ver aquellas cumbres ingenuas a causa de un humo negro que las borró de mi visión de niño soñador. La cometa, ese sueño infantil que yo quise soñar, se convirtió en un avión agresor. Tapé mi rostro con las manos y así estuve algún tiempo. De repente, noté en mi hombro la presión de unos dedos. Fue como si despertase, como si estuviese durmiendo y volviese al mundo. Una niña, con la mirada tierna y la cara sucia por la guerra, estaba delante de mí. Me dedicó una sonrisa cuando nuestros ojos se encontraron.

«Yo tampoco fui capaz de dormir esta noche. Yo también llamé a las puertas del aire para respirar», me dijo con cariño.

«Yo quedé sin cometa para siempre», le respondí. Y sin decir nada más, nos abrazamos mientras, a lo lejos, el cielo no se cansaba de gritar.